

Italia con Roma, y las provincias con la Italia. Esto era reemplazar la dominación de la ciudad por el imperio romano. Así los proyectos del gran demócrata conducían á la ruina de la democracia republicana. En realidad, Cayo Graco fué el precursor de César; reconcentrando casi todo el poder en el tribunaído y declarando á los tribunos reelegibles, inauguraba el régimen monárquico.

Los que deploran la caída de la República no ven que el Imperio era inevitable. Los antiguos ignoraban las formas del gobierno representativo. En las ciudades democráticas el pueblo ejercía directamente la soberanía; en otras partes, el poder residía en manos de una aristocracia que degeneró en todas partes en oligarquía. En Roma el régimen oligárquico era la lepra del Estado; los esfuerzos de los demócratas debían, pues, tender á arrancarle el gobierno; pero ¿á quién confiarle? ¿Al pueblo soberano de la Ciudad Eterna? Este pueblo no era más que un populacho en que dominaban los proletarios, los libertos, los hombres de raza extranjera: mucho tiempo ántes del advenimiento del Imperio, esta multitud de gentes vagabundas no pedían más que pan y juegos. ¿Debia extenderse el ejercicio de la soberanía á toda la Italia y despues á las provincias? Con las formas del gobierno constitucional en rigor esto hubiera sido posible. Con las ideas de los antiguos esto no podia hacerse. No quedaba, pues, otro remedio que delegar la soberanía en un representante del pueblo, órgano de la democracia. El Imperio no es otra cosa.

Cayo Graco pereció abandonado por el populacho, que dominaba en el foro. Esto prueba que la democracia necesitaba de un apoyo más sólido para conquistar el poder; lo encontró en la fuerza militar. Las guerras permanentes de Roma, la extinción de la clase media, la invasión del proletariado abocaron á una revolución que por sí sola hubiera bastado para hacer inevitable el Imperio. En la antigua organización los soldados eran todos ciudadanos y propietarios; no había, pues, ejército distinto del pueblo soberano. Cuando los Romanos se vieron obligados á tener legiones en Africa, en Asia y en Europa, tuvieron que recurrir al reclutamiento para formarlas. Los proletarios, los provincianos y los bárbaros fueron admitidos en ellas. Desde entonces la vida militar llegó á ser un

oficio, una carrera; resultó de aquí que el ejército nada tuvo ya de comun con la nación; no conocía más que á su general. Para poner la fuerza en la mano de un solo hombre, no faltaba más que perpetuar el mando. Esto se hizo por la naturaleza de las cosas. Cuando Roma luchó por su existencia contra los Cimbrios y los Teutones fué necesario que continuáran en el mando de los ejércitos los únicos capitanes capaces de salvar el Estado. Pero desde que en una nación militar el ejército está á merced de un general victorioso la República está perdida. No se trataba ya de otra cosa que de saber quién sería el amo, un general de la democracia ó un general de la aristocracia. La cuestión no podia ser dudosa para quien conociese los vicios del régimen aristocrático (1).

N.º 2. — *La Revolución.*

Un órgano ilustre de la democracia dice, hablando de la lucha de los nobles y del pueblo en Roma: «El último de los Gracos, al recibir el golpe mortal, arrojó un puñado de polvo al cielo, y de este polvo nació Mario. Mario, ménos grande por haber exterminado á los Cimbrios que por haber abatido en Roma á la aristocracia de la nobleza» (2). *Mirabeau* ha exagerado la grandeza del cónsul plebeyo. No era un hombre político. Aldeano que llegó á los honores militares por su talento, Mario no pedía sino dignidades. En su necia vanidad, la oligarquía hirió el orgullo del soldado improvisado y lo lanzó á las filas de la democracia. No tenía de demócrata más que un odio furioso á los nobles; ardía en deseos de vengarse: esta funesta pasión le puso al servicio de los demagogos. Cuando despues de la marcha de Sila al Asia la facción popular prevaleció, Mario inaugura el régimen del terror: durante cinco días y cinco noches el vencedor de los Cimbrios mató á los oligarcas como había matado á los Germanos. A los que invocaban su piedad no les daba más que una respuesta: *es necesario morir*. Se ensañó hasta con los cadáveres de sus enemigos. Era el delirio

(1) MOMMSEN, t. II, p. 190-195.

(2) MIRABEAU, *Manifiesto á los Marselleses* (*Memorias*, t. V, p. 256).

de la venganza (1). Sin embargo, hubo un hombre más cruel que Mario, porque cometió sus crueldades friamente y sin pasión: éste fué Sila.

Las guerras civiles de Roma son uno de los espectáculos más desconsoladores de la historia. En aquellas convulsiones de la República moribunda «la paz y la guerra rivalizaron en crueldad y la paz venció» (2). «Los ciudadanos, dice *Montesquieu*, fueron tratados como habían tratado ellos mismos á los enemigos vencidos: Sila, entrando en Roma, no fué otro hombre que Sila entrando en Atenas; ejerció el mismo derecho de gentes.» La Italia y Roma habrían podido felicitarse si el vencedor los hubiera tratado como enemigos. El derecho de gentes de las guerras civiles era mucho más atroz que el de las guerras extranjeras. Los historiadores romanos nos dan á conocer la razón de esta diferencia: «En las guerras civiles, dice *Tácito*, los prisioneros no son objeto de botín, lo cual aumenta la carnicería» (3). ¿Cual es más espantosa, la humanidad de las guerras extranjeras, ó la inhumanidad de las guerras civiles?

El nombre de Sila ha sido entregado á la infamia, como el inventor de las proscripciones. Roma no había visto aún recompensar á los asesinos. Lo que hay de más horrible en estas matanzas es que el representante de la aristocracia las presidió con la misma glacial indiferencia, que si se tratase de las fieras del circo. Sila es el precursor de los emperadores monstruos. Sus amigos le preguntaban á quien quería mandar, si continuaba matando durante la paz como en los campos de batalla. Se hubiera dicho que era un genio exterminador. ¿Y para qué se ha vertido tanta sangre? Para una obra imposible, la restauración de la aristocracia. Dudamos que Sila creyera en la duración de su obra. ¡Cosa singular! El representante de la aristocracia no tenía confianza en los aristócratas de Roma! Tenía demasiada penetración para no ver que estaban gastados y podridos; pero ¿cómo levantar un régimen, cuando faltan hombres para sostenerlo? En realidad Sila

(1) MOMMSEN, t. II, p. 310, sig.

(2) AGUSTIN., *De Civit. Dei*, III, 28.

(3) TACIT., *Hist.*, II, 43.—PLUTARCH., *Othon.*, c. 14.

tenía todas las tendencias de aquellos demócratas que se llamaron emperadores. Se apoderó del poder supremo como lo hizo más tarde César; lo abandonó, no para dar libertad á los Romanos, sino por hastío, por lo disgustado que se hallaba. Si hizo una guerra á muerte á los Samnitas, era porque éstos, enemigos encarnizados de Roma, habían jurado la ruina de la Ciudad Eterna: una vez vencedor, otorgó á todos los italianos la ciudadanía, arrojando las preocupaciones de su partido. Sila tenía algo del cosmopolitismo imperial. Escandalizó mucho el orgullo aristocrático, presentándose en Grecia con traje griego. Permitió á los embajadores extranjeros hablar griego delante del Senado sin ser acompañados de un intérprete. Como se ve, el último resultado de las revoluciones de Roma era irremisiblemente el Imperio, puesto que una misma era la tendencia, así de la aristocracia como de la democracia. La única diferencia posible era la que existe entre una tiranía oligárquica y una tiranía popular.

La constitución de Sila daba el poder al Senado. ¿Qué uso hizo de él? En otro tiempo la aristocracia se había mostrado digna de llenar la gran misión que la Providencia había confiado á Roma; condujo al pueblo rey de victoria en victoria. La aristocracia restaurada no se distinguió más que por su impotencia y su incapacidad. Terminó la guerra contra Sertorio por la traición y el asesinato. Dejó á Lúculo sin recursos en la lucha heroica contra Mitrídates, y hasta sin instrucciones. Las guerras contra los esclavos y los gladiadores hicieron avergonzar á la posteridad. Pusieron al descubierto los vicios del estado social; el Senado no hizo nada para neutralizarlos; no supo ni aún mantener el orden público: los piratas insultaron á los grandes de Roma hasta en sus casas de campo. No basta con decir que el régimen oligárquico fué débil: en realidad no había ya gobierno; la anarquía dominaba en el foro, la sociedad estaba en disolución. Tramábanse horribles conjuraciones, no para conseguir el triunfo de un partido, sino para robar y matar á los ricos. Era el peor de los socialismos. ¿Y quién se encontraba á la cabeza de estos anarquistas? Nobles de antigua estirpe que provocaban nuevas proscripciones, como único medio de pagar sus deudas y de cubrir sus crímenes por medio de crímenes nuevos. Tal era el estado de la República

en vísperas del Imperio. No se trataba ya ni de libertad, ni de democracia, ni de aristocracia; tratábase de salvar la sociedad que amenazaba perecer. ¿Quién será el salvador? Hé aquí toda la cuestión. ¿Hay necesidad de preguntar si el régimen oligárquico era capaz de salvar á Roma? La aristocracia era la que había llevado á la sociedad al borde del abismo: ¿cómo había de contenerla sobre la pendiente fatal que conducía á la muerte? La democracia ha manifestado su poder. Roma estaba en la agonía al advenimiento de César: éste contuvo el progreso del mal que la corroía; le imprimió una vida bastante fuerte para que el mundo antiguo que llevaba en sí todas las señales de la muerte, subsistiese durante siglos, hasta que llegase el tiempo en que podía abrir paso á un nuevo mundo.

N.º 3. — César.

Se ha dicho de Napoleon que era el representante armado de la democracia. En realidad, el gran emperador fué más bien un conquistador que un demócrata. César es el verdadero órgano de la democracia, tal como la antigüedad la concebía. Demagogo en su juventud, no fué conquistador más que por necesidad. El vencedor de los Galos siguió siendo demócrata; si cambió de medios para llegar al fin, no varió en el ideal que le guiaba. La fuerza de las cosas fué la que le compelió á la guerra civil. Él hubiera querido llegar al poder sin derramar una sola gota de sangre de sus enemigos. Esto era una ilusión. La aristocracia estaba todavía en posesion del gobierno, disponía de un ejército, tenía un soldado á su servicio; ¿cómo había, pues, de abdicar sin combatir? Hé aquí, pues, de nuevo frente á frente la aristocracia y la democracia. ¿A quién pertenecerá el imperio de la tierra? El porvenir es de aquel que por sus tendencias humanas se muestre digno de regir los pueblos.

Es casi hacer una injuria á César el compararle á los miserables aristócratas que se agitaban en el campo de Pompeyo. Era una oligarquía en el último trance. Nunca ha sido la humanidad la virtud de los oligarcas: derrotados, expulsados de Roma, no

respiraban más que venganza. Su pasión iba hasta el frenesí. No había nada que esperar de aquellos ultras; daban muerte á todos los oficiales y soldados de César que caían en sus manos. Si hubiesen quedado vencedores, hubieran inaugurado el régimen de la república roja. Nos queda un testimonio nada sospechoso de sus sanguinarios proyectos. Oigamos á *Ciceron*, que en aquel momento estaba en las filas de la aristocracia; escribe á sus amigos: «Pompeyo desea mucho una dominación semejante á la de Sila; es lo que ha manifestado más claramente. Si la consigue no dejará en Italia una teja. Sus amenazas contra los ricos y contra los que no lo han seguido son terribles.... Pompeyo suele decir: «¡Sila lo he conseguido y yo no lo he de conseguir!» Su designio es hacer perecer primeramente á Roma y á la Italia de hambre, robar el dinero de los ricos, devastar las campiñas y ponerles fuego por todas partes. No se propone tratar mejor á la Grecia, y cree que el botín que abandonará á los soldados le colocará por encima de César. No se habla en su campamento más que de proscripciones, y se recuerda con gusto lo que se llama el reinado de Sila» (1). ¡Había entre los Pompeyanos un republicano hombre de bien! Catón temía más al triunfo de los suyos que su derrota. ¡A tal estado habían llegado Roma y la República!

¡Qué contraste entre estos hombres, pretendidos defensores de la libertad, y aquel á quien daban el nombre de tirano! Los testimonios están unánimes respecto de los sentimientos de César. *Ciceron*, su enemigo político, confiesa, en la intimidad de la correspondencia, que era de un natural dulce y generoso (2). Permaneció fiel á su carácter en todo el curso de la lucha. *Salustio* ha podido decir sin lisonja, que la guerra de César era más humana que la paz de sus enemigos (3). Dejó ir en libertad muchas veces ejércitos enteros después de haberlos vencido: dió libertad á los generales de Pompeyo, y aunque éstos volviesen á hacer armas contra él, no por esto dejó de perdonarlos (4). Su comporta-

(1) CICER., *ad Attic.*, VIII, 11; IX, 7, 10; XI, 6. *C. ad Fam.*, IV, 14, 9; IX, 6.

(2) «*Mitis clemensque natura*» (*ad Fam.*, VI, 6. *C. pro Sertio*, c. 63; *pro Marcello*, 6; *pro Dejotaro*, c. 12).—«*Natura lenissimus*», dice Suetonio (*Ces.*, c. 74).

(3) *Cartas de Salustio á Cesar*, II, 1.

(4) *CES.*, *De bello civ.*, I, 24; III, 10. Escribe á CICERON (*ad Attic.*, IX, 16): «No